

Apuntes sobre el control multinacional de la cultura

Emilio Ichikawa Morín

Profesor de filosofía y ensayista.

A J. M. Martinelli

El tema de la agresión multicultural de las multinacionales, aunque deja poco margen, es cómodo. Siempre resulta aristocrático contestar a los grandes poderes, en este caso a uno aún más grande que el imperio romano o cualquier otro imperio de la Guerra Fría. Si una vez Roma logró que el Sol estuviera siempre en evidencia entre sus límites, para GM o IBM el Sol no pasa de ser un contenido mercantil tan perspectivo como una especie de flor o una bomba.

Por otra parte, las multinacionales son ubicuas y contra su acción poco valen segregaciones o cortinas de hierro, espionajes silenciosos o chantajes históricos. Ellas realizan a cabalidad el esquema foucaultiano de derramamiento de poder según la lógica de la peste: se respira en todas partes. Y eso es lo peligroso de la irrupción de sus reglas en cotos que históricamente han tenido una orientación por lo menos «anticapitalista»; una rata no es un indicio de la peste, una rata ya *es* la peste.

Como revela Albert Camus en su conocida obra, el regreso a la «normalidad» después de la fase

excéntrica de la enfermedad no es más que la asunción del estrago como elemento constituyente. Al final, uno aprende a vivir con la muerte, se regodea en el paraíso apestado, incluso disfruta con la infección y la angustia. La creciente presencia de las multinacionales en el universo cotidiano del hombre hace desaparecer el síntoma, lo incorpora. El hombre no se siente enfermo, porque no identifica el malestar; ya se le acomodó a su poética.

Para comprender lo liminal que resulta esta situación, creo necesario reflexionar sobre algunos tópicos al uso que tergiversan la representación del proceso. No quiero con esto rectificar los códigos, sino llamar la atención sobre la existencia de una tradición intelectual falseada en aras de la aristocratización del dominio creciente de estas mismas multinacionales. Se crea así una situación paradójica, pues las propias multinacionales promueven los códigos con que sus críticos pretenden objetar su acción.

Me acercaré entonces a tópicos tan sobresalientes como el neoliberalismo, el mercantilismo y la globalización. Todo ello para proponer una apreciación más suspicaz de estos procesos, probablemente menos

ingenua en la aceptación del vocabulario con que estos fenómenos tratan de venderse a nuestro intelecto.

¿Neoliberalismo o neomonopolismo?

Rememoremos por un instante la Guerra del Golfo. Este conflicto resultó, entre otras cosas, un pugilato de imágenes e ilusiones con una indudable incidencia en la experiencia histórica real. Casi lo contrario de las guerras mundiales, donde la experiencia marcó la arquitectura de las representaciones.

En vísperas de la invasión norteamericana, el barril de petróleo oscilaba entre 18 y 20 dólares, así que con Irak en guerra, Kuwait ocupada y el Golfo casi en cuarentena, estaba claro que los precios aumentarían.

Según el más elemental credo liberal, si hay un resquebrajamiento en el mecanismo de oferta, aun cuando la demanda no crezca, los precios deben subir para lograr, «invisiblemente», un estímulo al crecimiento del propio ámbito oferente. Sin embargo, ¿qué sucedió con el precio del petróleo? Se contrajo hasta 15, el nivel más bajo en mucho tiempo.

Esto demuestra claramente una de las falacias con que las propias transnacionales tratan de disfrazar su acción: el mundo no es de ningún modo liberal, sino crecientemente monopólico. Llamar a procesos tan centralistas y autoritarios como este «neoliberal» es poco menos que una ironía. Desde el siglo pasado ya se sabe que el enemigo del liberalismo no es el Estado, sino el monopolio. El Estado incluso puede, como se ha corroborado históricamente, «dictar» leyes antimonopólicas para proteger el liberalismo mercantil.

El término «neoliberalismo» solo consigue deslizarse una intención dominante tras el falaz prestigio de la «familia léxica» de los «neo», tan difundida, en el vocabulario contemporáneo, como la de los «post».

En verdad, lo que está sucediendo es la transferencia del dominio estatal al dominio empresarial, un traspaso de las cualidades de la obediencia política a la obediencia económica. El pensamiento post-estructuralista reveló filosóficamente e historiográficamente que el ejercicio del poder no era privativo de la política; la dominación y otras intenciones se mueven de una esfera de la sociedad a otra. En este mismo sentido, hoy corroboramos que lo que agoniza no es el nacionalismo, sino el nacionalismo político. El nacionalismo se regenera en la cultura, como lo comprueba el planteamiento contemporáneo de la cultura en términos de «misión».

Pocas veces se ha puesto de manifiesto la influencia del pensamiento marxista, específicamente anglosajón, en esa exaltación del ámbito privado, que es un elemento reconocible de lo que hoy suele llamarse simbólicamente «neoliberalismo». Paradójicamente, las críticas socioculturales al Estado capitalista y sus políticas

educativas, médicas, de seguridad social, como medios indirectos y velados de dominar (Marcuse, por ejemplo), pudieron interpretarse no como la exaltación de un Estado diferente al capitalista, sino como regeneración de un sector capitalista diferente al estatal. La crítica marxista calificó la política cultural capitalista como un intento velado de control de la ilustración, del cuerpo y el alma.

Hoy ha cambiado la interpretación de ese fenómeno, y el asunto no está en que sea preferible una subvención estatal interesada a la indiferencia del capital, sino que se ha operado un cambio de la «filantropía estatal» a la «filantropía empresarial». Sucede que se produce una redefinición hasta de las «buenas intenciones».

Es decir, las multinacionales están heredando progresivamente (y rectificando) todo el hegemonismo que durante siglos desarrolló el ámbito político. La «eficiencia» es la coartada con que la «dominación» se traduce en los tiempos que corren, y el *éxito*, un alarmante pariente de la obediencia.

El éxito como categoría estética

El problema del «éxito» toca de cerca el ámbito de la creación artística y cultural en su sentido más amplio; es parte del lenguaje contemporáneo y tema preferido por la sociología de la cultura.

El pensamiento sociológico centroeuropeo —y aun el francés y el británico— se gestó preocupado por el problema del «orden» y el «progreso». De ahí que junto a las remanencias filosóficas de sus grandes explicaciones, se encuentren esfuerzos descriptivos y explicativos en varios niveles y un notable humanismo. La sociología norteamericana se hace en otro espíritu; muchos de sus pioneros decimonónicos se formaron en Europa y regresaron a Norteamérica en plan de colonización intelectual. Un nuevo *Mayflower*.

Aquí encontramos una interesante lección. Mientras las élites culturales hispanoamericanas que estudiaron en Europa regresaban (si acaso) deslumbradas por lo que habían visto, aquellos sociólogos en germen volvían a Norteamérica afirmando que Europa «estaba cansada» y que la sociología tenía que energizarse de cara a la vida. Y mientras los sociólogos europeos subordinaban su pensamiento a los ámbitos metafísicos y los hispanoamericanos a los teológicos y políticos, ellos lo inscribían en las oficinas de inmigrantes, proyectos agrarios e instituciones mercantiles.

La sociología norteamericana pondría así en su centro, como lo había hecho su sociedad, el problema del «éxito» y el «fracaso», no el de la calidad, la belleza, la verdad. Digo todo esto para que se comprenda que este proceso de progresiva mercantilización de la vida

Estamos ante un proceso de monopolización creciente; asistimos a la consolidación de un poder que se vale de una mercantilización antiliberal para dominar; el proceso de control multinacional está tan avanzado que ya es posible afirmar que no rigen sino que rigieron las leyes del mercado. Una vez establecido el mercado, quienes lo dominan proceden autocráticamente.

no significa otra cosa que el signo visible de una progresiva «norteamericanización» del mundo. Una cafetería McDonald's, con su aire de asepsia y eficiencia —lo digo sin tremendismo—, es una embajada cultural norteamericana. Se sabe que Venecia y Salamanca se llenan de ellas.

Privatizaciones vs. libertad individual

Se suelen llamar neoliberales a las privatizaciones, lo que no es más que otra falacia. El eje del credo liberal es la utopía de la soberanía individual; esta tiene menos valor como realidad efectiva que como dogma orientador de la conducta sociológica y política. Es muy difícil lograr una consecuencia absoluta con este principio, por lo que tendrá ante todo un valor normativo. La libertad individual es una estrategia y hasta una inspiración que exige una tensión y lucha constantes.

Las privatizaciones contemporáneas no constituyen procesos que instituyan la aparición de nuevos espacios de libertad o de propietarios reales; por lo general no pasan de significar el traspaso de la propiedad del Estado a un monopolio que se infla más y más. Las privatizaciones son antiliberales y representan mecanismos de formación de poderes transpolíticos muy peligrosos. Y no es que las propiedades estén o no en manos del Estado, se trata de la eficiencia del Estado mismo. Al vender a la empresa privada, el Estado ineficiente no cambia ese carácter; ahora realiza su tradicional ineficiencia malgastando el dinero que resulta de dichas privatizaciones.

Y digo que son peligrosos porque si el mundo se sigue funcionalizando, si se acaba de conformar una sociedad «autopoyética» capaz de reciclar y predecir hasta sus propias catástrofes, la reforma y la paz pasarán a los museos y solo quedará vigente la violencia.

Hace poco tuve noticias acerca de la existencia de una Sociedad para Rescates de Galeones Hundidos. Es evidente que tras la conformación de esta nueva corporación hay una compleja maquinaria política, jurídica y económica; maquinaria que trasciende las

posibilidades de un individuo común. Es decir, para el individuo queda ya prohibido hasta la ilusión de que un día pueda descubrir un tesoro marino. Tendrá que contar ahora, de realizar el hallazgo, con la autorización, supervisión y asesoría interesada de esta institución que le excede. Hasta sus propias quimeras, hasta el reino de lo no-sucedido, está inscrito en la lógica de un poder mayor.

Así, ese individuo u otro más inquieto comprenderá un día que, si ya todo está repartido entre sociedades y poderes influyentes, él no tendrá otra alternativa que la de insertarse en esa estructura violentamente.

Hoy, por suerte, aún el mundo no está totalmente funcionalizado y quedan espacios tanto para la resistencia como para el arribismo cínico (o mejor, pseudocínico); pero si el proceso se redondea, no habrá otra alternativa que la guerra.

La culpa no es de Adam Smith

Me interesa destacar el carácter antiliberal de todo este proceso, y este deslinde me aconseja hacer algunas evocaciones.

Es un mérito indiscutible del pensamiento insular británico el insistir, ya desde el medioevo, en tópicos que después se concretarán en el ideal moderno de libertad individual; ideal que es una rectificación cristiana de un valor griego. El empirismo, el nominalismo, el naturalismo y legismo, son elementos precursores del liberalismo moderno.

A esta tradición pertenece la ilustración escocesa, uno de cuyos representantes es Adam Smith. Ahora, ¿qué tiene que ver esa escuela de pensamiento, y en especial esta figura, con eso que hoy llamamos neoliberalismo y que se supone sea la economía política de las multinacionales? La respuesta es: muy poco, tal vez nada.

El título más popular de Adam Smith (digo título y no obra con toda intención) es la *Inquisición sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776, aunque ya en 1775 se conoció una edición en dos volúmenes en Londres. Agregó como dato

El diálogo, más que definir respuestas, debe ayudar a la conformación de un trasfondo ético y teórico que sirva de orientación estratégica para la elaboración de las respuestas individuales. Sabiendo de antemano que ningún atrincheramiento singular de un individuo, de un colectivo e incluso de un país, será una respuesta eficaz al proceso (antiliberal) de la globalización. Solo se podrá hacer frente a la globalización con una globalización alternativa.

interesante que la primera traducción española fue hecha por J. Alonzo Ortiz en 1794 y que en Cuba fue puesta a la venta el 8 de noviembre de 1795 en la librería de *El Papel Periódico de La Havana*.

Es cierto que en esa obra Smith afirma cosas que por su talante se emparentan con algunas propuestas del «neoliberalismo» contemporáneo. La antropología del liberalismo, por ejemplo, parte de que el hombre es un ser que tiene el impulso natural de cambiar y negociar. Smith universaliza este atributo cuando dice: «Lo cierto es que es común a todos los hombres, y que no se encuentra en los demás animales, los cuales ni conocen, ni pueden tener idea de contrato alguno».¹

De más está decir que, si no se acepta este presupuesto, no tendremos filosofía liberal alguna. Como todas las grandes construcciones teóricas, el liberalismo se basa en principios fundamentadores que carecen ellos mismos de fundamentación. Si dichos principios se fundamentaran —recuerda Fichte en su *Teoría de la ciencia*—, no podrían funcionar como tales fundamentos. Es, sencillamente, un punto de partida, una regla del pensar sistémico.

En esta misma línea, Smith critica los proteccionismos impertinentes del Estado, la perturbación del «honor» en los negocios y elogia el interés económico como móvil humano. Resulta que no solo el Estado y el monopolio, también un individualismo extremado, son enemigos del liberalismo. Tras todo esto concluye: «El consumo es el único fin, el único objeto de toda producción en que interviene la industria del hombre, y por tanto no existe otro medio de mirar por los intereses del productor que atender a los del consumidor».² Para Smith, en algunos puntos heredero de Mandeville, el egoísmo era la lógica legítima de las relaciones humanas. Al respecto es concluyente:

Cualquiera que en materia de intereses estipula con otro, se propone hacer esto: «dame tú lo que me hace falta, y yo te daré lo que te falta a ti». Esta es la inteligencia de semejantes compromisos, y este es el modo de obtener de otro mayor parte en los buenos oficios de que necesita en el comercio de la sociedad civil. No de la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento. No imploramos su humanidad, sino acudimos a su amor

propio [no en el sentido ético, sino de *self love*. E.I.M.]; nunca les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Solo el mendigo confía toda su subsistencia principalmente a la benevolencia y compasión de sus conciudadanos; y aun el mendigo no pone en ella toda su confianza.³

Sin embargo, en esa misma obra Smith contrapesa sus principios liberales, reacciona contra las implicaciones que puede traer la radicalización de sus propias tesis. Reconoce, por ejemplo, la necesidad de la «caridad» y la importancia de ser un «pueblo compasivo». Denuncia la desigualdad económica y espiritual de los empleos, valora la pertinencia de ciertas legislaciones sobre la usura y aprueba el proteccionismo nacional sobre estratégicos renglones industriales.

Smith, se sabe, confiaba en el mercado como un mecanismo capaz de equilibrar la sociedad. Como liberal, creía en el autocontrol de la relación oferta-demanda. Sus convicciones han sido ridiculizadas, por detractores y aun por partidarios, con una interpretación simplista de la imagen de «la mano invisible»; según estos, Smith creería, con una ingenuidad pasmosa, que el mercado bastaba para mantener la justicia y el orden social.

En primer lugar, Smith no absolutizó el automatismo del mercado; acaso algún liberal lo hiciera fuera de los libros escolares. En segundo, la «mano invisible» debe interpretarse como un capítulo de un sistema coherente de ideas y creencias.

Es preciso tener en cuenta que, como genuino miembro de la ilustración escocesa, Smith era un deísta. Esta posición filosófica representa una suerte de religión natural donde se cree que la divinidad se manifiesta simplemente en la razón del hombre. Por eso puede decirse, asumiendo los riesgos, que el deísmo es la religión consustancial a la Ilustración.

Para el deísmo, las creencias son simples, como para permitir amplios márgenes de protagonismo humano:

- a) Dios existe.
- b) El mundo lo creó Dios, quien está en las cosas.
- c) Dios castiga el mal y premia el bien.

Con el deísmo la religión fluye naturalmente como argumento de Dios y se torna accesible. Como neoplatónicos, los deístas creían en un Dios que estaba en las cosas de los hombres; se trata de una presencia natural: más que gobernar, supervisa.

Y si Dios está en las cosas de los hombres, nada más natural que esté también en aquel lugar hacia donde, según la creencia «paleoliberal», estos propenden naturalmente: el mercado.

La «mano invisible» es, sencillamente, Dios; un Dios entendido ahora como un «gran moderador», un equilibrador. Esto puede resultar ridículo para una mentalidad atea o un intelecto obsesionado por el afán de lucro, pero no para un deísta como Smith.

Como afirma Kant en su *Crítica a la razón pura*, el deísmo es una variante religiosa moderada y fácil de llevar. Sobre esto afirma:

El deísta acepta que podemos en todo caso conocer por la simple razón la existencia de un ente primero, pero que el concepto que nosotros tenemos es simplemente trascendental, o sea que no lo concebimos sino como un ser que tiene toda realidad, pero sin poder determinar nada más concreto.⁴

Pero hay algo más que soslaya la propaganda neoliberal y que injustificadamente secunda una parte importante del pensamiento de izquierda. Smith era un profesor vinculado a la cátedra de Filosofía Moral de la Universidad de Glasgow; pertenece a la línea de moralistas británicos que incluye a figuras de la talla de Shaftesbury y Hutcheson. Ellos alimentarán el espíritu que después veremos brillar en esos personajes que hoy identificamos como «filántropos». Smith, ciertamente, fue el autor de esa especie de Biblia liberal; pero antes de ella había escrito ya, en 1759, una *Teoría de los sentimientos morales* que pudiera suscribir cualquier socialista, incluso un santo. Para ilustrar esta afirmación, baste este fragmento con que Smith inaugura su texto, perteneciente al capítulo precisamente titulado «De la simpatía»:

Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo, que la felicidad de estos le es necesaria, aunque de ella nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla.⁵

Las multinacionales, pues, no solo dominan el mundo, también las imágenes a través de las cuales ese dominio es entendido, y los conceptos a través de los cuales trata de ser explicado.

Es un atentado contra la inteligencia llamar «liberal» a la creciente monopolización transpolítica del «mundo de la vida», de la cultura; es además un fraude erigir a Smith en precursor apostólico de las privatizaciones antiliberales a que asistimos. En consecuencia, es una irresponsabilidad del pensamiento que se le resiste aceptar esos códigos y una falta dejarse arrebatar por

otra tradición la obra de ese pensador ilustre que fue Adam Smith. La reformulación democrática de su obra es una tarea básica del pensamiento liberal-revolucionario.

¿Qué hacer?

Estamos ante un proceso de monopolización creciente; asistimos a la consolidación de un poder que se vale de una mercantilización antiliberal para dominar; el proceso de control multinacional está tan avanzado que ya es posible afirmar que no rigen, sino que rigieron las leyes del mercado. Una vez establecido el mercado, quienes lo dominan proceden autocráticamente.

Esta situación consumada crea retos liminales para la creación cultural. Una situación curiosa, jamás imaginada por el pensamiento anarquista, es que el Estado se va constituyendo en un «patrocinador» menos comprometedor y sojuzgador que el dueño. Lo afirmo sin ingenuidades: es el mal menor. El Estado tiene, a pesar de todo, un aura social y uno puede seguir creyendo que sus gestos hacia la cultura son deberes, hasta obligaciones. Al Estado se le puede exigir. El dueño, en cambio, puede tener obligaciones con el Estado mismo, pero con el individuo no, o solo de manera indirecta. Uno asume la completa autoridad del dueño; él no tiene obligaciones, apenas hace favores.

Es una situación muy difícil para el creador. ¿Qué hacer? Por lo menos, establecer contactos; inevitablemente, intercambiar experiencias. El diálogo, más que definir respuestas, debe ayudar a la conformación de un trasfondo ético y teórico que sirva de orientación estratégica para la elaboración de las respuestas individuales. Sabiendo de antemano que ningún atrincheramiento singular de un individuo, de un colectivo e incluso de un país, será una respuesta eficaz al proceso (antiliberal) de la globalización. Solo se podrá hacer frente a la globalización con una globalización alternativa.

Notas

1. Adam Smith, *Inquisición sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, Biblioteca Nacional, 3 t., La Habana, s/f, p. 53.
2. *Ibidem*, pp. 427-8.
3. *Ibidem*, p. 54.
4. Emmanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 355.
5. Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales*, Ediciones del Colegio de México, México D. F., 1941, p. 31.

© TEMAS, 1997.